

Sobre la descripción: tres Américas en el siglo XVI

Cosa Maravillosa cómo lo que el hombre mucho desea y asienta una vez con firmeza en su imaginación, todo lo que oye y ve, ser en su favor a cada paso se le antoja.

Bartolomé de las Casas, *Historia*, I, 44.

Abstract. *This essay describes, based on the study of three fundamental texts of the epoch of the conquest of America, various strategies of domination displayed in the discursive construction (description) of the American continent and of its inhabitants. Moreover, its purpose is to demonstrate the use, by those who vest themselves in objectivity from the figure of the chronicler, of ontological, anthropological and epistemological conceptions common to the newborn horizon of modernity.*

Key words: Conquest of America, discourse, modernity, chronicles.

Resumen. *El ensayo presenta, a partir del estudio de tres textos fundamentales de la época de la conquista de América, diversas estrategias de dominación desplegadas en la construcción (descripción) discursiva del continente americano y de sus pobladores. Además se propone demostrar la utilización de concepciones ontológico-antropológicas y epistemológicas del naciente horizonte mental de la modernidad por parte de aquellos que se envisten de objetividad desde la figura del cronista.*

Palabras clave: Conquista de América, discurso, modernidad, crónicas.

El trabajo que presento a continuación se dedica al análisis de tres textos fundamentales en la producción discursiva provocada por la llegada de las naves españolas a tierras, hoy llamadas, americanas. Destacaremos en ellos, como objeto primordial de estudio, los mecanismos, fines y significaciones de las descripciones de lo encontrado, tanto en lo que se refiere a la naturaleza, como a los grupos de habitantes de estas tierras.

El *Diario de Navegación* de Cristóbal Colón, es el primero de ellos; el segundo de los textos es la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo; el tercer texto de nuestro itinerario por el siglo XVI es *Décadas del nuevo mundo* de Pedro Mártir de Anglería.

Este conjunto paradigmático de textos está producido desde una nueva clase de vitalidad discursiva. El arribo de las embarcaciones colombinas a tierras del continente americano señala un momento crucial, no sólo histórico, social, cultural y geográfico, sino también discursivo. Los textos a estudiar son claro ejemplo de esto, dado el contacto con una realidad del todo nueva para los escritores y su cultura. Por lo tanto, el común denominador de esta producción será la exaltación; sea frente a lo visto en cuanto nuevo y diferente, sea frente a lo que la cultura occidental experimentaba en su pasado como maravilloso y fantástico y ahora toma el lugar de posibilidad real.

Nuestro tema, el de la descripción, refiere al problema del lenguaje y de la epistemología, el contexto histórico une estas perspectivas con lo político y discursivo. Implicadas, por lo tanto, están retórica y filosofía. Y así, la hipótesis que planteamos es que las descripciones analizadas en este contexto se revelan más allá de la relación

palabra-cosa, de modo que van unidas a procesos de invención epistemológica.

Hagamos un repaso. A lo largo de la historia de la filosofía en Occidente se han desarrollado diversas formas de considerar el proceso descriptivo. La matriz es, como la de la mayoría de categorías que aún usamos en filosofía, griega. Sin embargo, las discusiones griegas acerca de la descripción no nacen exclusivamente de una reflexión filosófica, sino de una disputa social y política entre los poetas y los sofistas por un lado, y los filósofos por el otro. El tema de la descripción, por lo tanto, tiene dos fuentes: una filosófica y otra retórica.

En el caso de la filosofía, la descripción está relacionada con los temas epistemológicos y ontológicos más tradicionales. Sea desde la posibilidad de emitir enunciados acerca de las cosas y las esencias de las cosas, como desde la posibilidad de caracterizar una cosa según su ser; la tradición filosófica griega admite la idea de que las descripciones reúnen tanto las acciones que están destinadas a provocar el conocimiento, como los elementos sustanciales y fundamentales del ser de una cosa determinada. De esta forma se llega a identificar la descripción con la comprensión, en el caso de la epistemología, y con una morfología estética, en el caso de la ontología.

Para la filosofía, la descripción es una forma de definición que nos permite: a) distinguir una cosa de otra por sus características, b) enumerar los accidentes que nos permiten diferentes definiciones según diferentes respectos.

Ya en Aristóteles aparece sistematizada la opinión según la cual no se puede pensar sin pinturas mentales. Las descripciones, en esta misma dirección, son las más claras esquematizaciones de imágenes mentales, de tal forma que se convierten en importantes fuentes de información para la orientación del entendimiento.

Tiempo después las críticas a la objetividad de las descripciones como formas de definición aparecen desde diversos puntos del saber filosófico. Sea desde los análisis que los lógicos de Port-Royal realizan, mediante los cuales determinan que la descripción nunca es una definición completa, puesto que los accidentes nunca son determinables en su número exacto; sea desde el

empirismo escéptico de Hume que plantea que tanto el pensamiento como la razón provienen de la imaginación, pues es sólo ella quien hace de las impresiones ideas bajo relaciones mentales básicas y fundamentales, aunque no realistas. Sea desde el contemporáneo irracionalismo y relativismo epistemológico, donde la descripción nos revela más acerca de quién describe que sobre lo descrito.

Pero también ha sido constante la reformulación de la posición griega. El positivismo comteano mantiene la oposición entre la descripción y las explicaciones especulativas, entre las descripciones y el supuesto conocimiento de causas últimas. El neopositivismo, de Mach y Schlick, amplía la noción de descripción al sumario simbólico que culturalmente componen las descripciones de naturaleza y seres humanos, para concluir que de las descripciones no hay paso hacia las explicaciones, aunque las descripciones se convierten en instancias de verificación de las explicaciones. La fenomenología vincula la noción de descripción con el problema de la intencionalidad de la conciencia, identificándola con un modo de comprensión, anterior a la predicación, reflejo inmediato de lo dado. Y con el pragmatismo de James se hace una nueva distinción entre el *conocer algo* y el *saber acerca de algo*. Estos ejemplos, simplificados por razones de espacio, nos demuestran que es en la época contemporánea donde se debate la divergencia entre la descripción y la explicación. Mientras la descripción es fenoménica y empírica, la explicación es hipotética. Mientras las descripciones resultan ser una instancia confirmadora de hipótesis, es decir, ajenas a la predicación, pues se asumen reflejo de lo dado, la explicación parte de una base de supuestos que conforman, propiamente hablando, la verdadera predicación acerca de la cosa o fenómeno. Finalmente, Wittgenstein sentenciará —en su *Cuaderno azul*—: las descripciones son la mayor aspiración de la filosofía, porque no hay nada en el mundo que explicar.

La retórica siempre se opuso a estas ideas. Desde los sofistas se destaca que la producción de enunciados admisibles en una lengua está vinculada con un conjunto de reglas e instrucciones gramaticales convencionales. Lo que quiere decir que en la descripción se dan una serie de adecuaciones.

Primeramente entre el lenguaje y las cosas, luego entre el lenguaje y mis intenciones e intereses, luego entre el lenguaje y el auditorio de mi discurso. La primera adecuación, dista de la ingenuidad filosófica de pretender un retrato completo que distinga claramente accidentes de esencia. Más bien, cuando en retórica se habla de la adecuación entre cosa y lenguaje, se habla de discurso, es decir, de una violencia que ejerce el lenguaje sobre la realidad objetiva. La descripción, entonces, en la retórica tiene un alcance que trasciende lo simplemente indicativo y declarativo.

Así, sabiendo que la descripción es uno de los medios en que una lengua se refiere a los objetos, es que se pueden vincular las descripciones con el problema de la política del discurso. Al decir que la descripción ha estado ligada, en el caso de la retórica, al problema de cómo las palabras y las ideas se relacionan con el mundo, estamos señalando la importancia de la relación que hay entre los mecanismos discursivos de descripción, los procesos epistemológicos de producción de conocimientos y las intenciones e intereses políticos de dominación y ejercicio de poder a través del discurso.

Veamos ahora las conclusiones que la retórica y la poética nos heredaron: a) toda descripción se da en el marco de una visión concreta de mundo; b) toda descripción se hace partiendo de una práctica convencional, socio-material, que se ha ido configurando e institucionalizando en el interior del lenguaje; c) toda descripción es la conformación de una imagen, esa imagen es representación convencional, creada y producida por nuestra mente y nuestras capacidades lingüísticas; d) por su ligamen con los procesos visuales de observación, toda descripción hecha mano de un bagaje estético-iconográfico, que va más allá de lo científico-racional; e) toda descripción se coloca a sí misma en el lugar de un conocimiento, se impone, en cuanto imagen, como conocimiento de lo que es aquello que describimos.

Bajo este panorama de lo que ha sido la descripción en la tradición intelectual occidental es que nos parece interesante analizar, por un lado, las nociones epistemológicas y ontológicas que rigen el pensamiento de aquellos que describen la naturaleza y las gentes de América,

y por otro lado, examinar el vínculo que hay entre esas nociones epistemológicas y ontológicas, y los intereses e intenciones políticas de los cronistas. En otras palabras, lograr determinar los mecanismos mediante los cuales la descripción toma sentido —entendiendo sentido como el significado que depende del origen y el valor de las aserciones al interior de un determinado combate vital— es un objetivo con ramificación doble. Por un lado, una meta polémica o un *Ethos*, por otro, un momento psicológico-cultural o un *Pathos*. Lograr determinar el sentido de las descripciones es, entonces, determinar la fuerza y el afecto dentro de la designación, dentro de la imagen, dentro del concepto.

La época en que nos ubicamos es la del temprano Renacimiento, que gira en torno a la idea de que lo figurativo tiene como fin el reconocimiento. Esto es algo que no sólo se presenta en las artes, sino que aparece también en la filosofía como una sensibilidad que parte de lo metódico y repetitivo para dar el salto de lo visible a su condición. El surgimiento de un neoplatonismo rampante durante el Renacimiento, señala que el pensamiento es fruto de lo inteligible de las imágenes, de forma que lo que vemos está basado en una estructura racional de la composición —como es claro en la pintura renacentista—. Así, toda descripción es, desde la sensibilidad renacentista, la constitución de una imagen, de un modo de representación, que orienta adecuada y certeramente la mirada. Para decirlo de otra forma, las descripciones, dentro de este modelo de pensamiento, son creadoras de imágenes, fundan imágenes dentro de las cuales se amolda lo real. Aquí hay algo de gran utilidad para nuestra investigación: la imagen, creada a partir de descripciones, tiene el poder de fundar.

Nuestra puerta de entrada al estudio de esta época son los trabajos del filósofo francés Michel Foucault. Más específicamente, instrumentalizamos algunas nociones claves de las estructuras analíticas foucaultianas, como las nociones de *episteme*, enunciado, discurso, sentido y representación. Según este autor hay una estructura subyacente e inconsciente que delimita el campo del conocimiento y los modos como los objetos son percibidos, agrupados y definidos; esta es la

episteme: el lugar en el cual el hombre queda instalado y desde el cual conoce y actúa. Ahora, la *episteme* se hace evidente actuando, no en sí misma; esto es, la *episteme* se conoce y se describe a partir de los enunciados que se pronuncian desde ella. En el análisis que Foucault hace de los enunciados queda claro que la cuestión de la *episteme* va más allá de lo epistemológico. Los enunciados muestran un aspecto lógico, en cuanto proposiciones, pero también psicológico, en cuanto juicios, de forma que los enunciados fundan un decir que se entiende según el contexto, no como una unidad atómica elemental, sino como una función que aglomera una relación con quien enuncia y con lo enunciado, y una relación del enunciado con el conjunto de enunciados que forman su contexto. La *episteme* renacentista, que corresponde a la educación de los tres autores estudiados, determina y delimita el campo del conocimiento, tanto la percepción de los objetos, como los modos en que son agrupados y definidos. Lo que nos lleva a la conclusión de que también delimita los procedimientos mediante los cuales se establecen líneas divisorias entre lo admitido y lo no admitido, y entre lo moral y lo político.

Los cuatro textos parten de pareceres teológicos y jurídicos que se apoyan en la filosofía medieval sobre la naturaleza del poder de la monarquía, sobre los límites entre lo espiritual y lo temporal, y la relación entre la cristiandad y los infieles. También, están formalmente basados en las ideas aristotélicas sobre la desigualdad natural de los hombres. Esto es importante cuando nos damos cuenta de que al enfrentarse a la realidad americana, los autores optan por juntar ideas abstractas con hechos: la racionalidad propia de la época se abre ante nosotros de acuerdo con los acontecimientos estudiados como una racionalidad teñida de delirio; constatamos así una mezcla de racionalismo y onirismo.

Como esperamos demostrar con el presente trabajo, el desenmascarar lo fabuloso y lo delirante que se articula tras la aparente objetividad y neutralidad racionalista, va íntimamente ligado, no sólo con problemas epistemológicos básicos, sino con aspectos políticos del saber y del discursar. Las descripciones, tanto de la naturaleza como

de los seres humanos, son enunciados característicos de las pretensiones de neutralidad. En la potencia y precisión que un saber o una perspectiva teórica demuestre para describir zonas de "lo real", se juega la validez y utilidad de su empleo. Pero también ahí hay poder y política (en términos de Foucault), también ahí hay interés, fuerzas y voluntad (en términos de Nietzsche), también ahí hay artulugio y persuasión (en términos de la retórica). Las descripciones se pueden ver, desde esta óptica que explora los vínculos del pensamiento con el acontecimiento, desde el interés de un inventario, una apropiación, un plan colonial, una imagen propagandística, la creación de imágenes a partir de equívocos monológicos. Pero también señalan la posibilidad de una nueva posición frente al mundo, la posición dialógica del mestizo, de respeto a la diversidad y de creación de propios planes identitarios y legítimos saberes.

Hay que agregar que en todos los autores que estudiamos se pintan los sucesos vividos con los colores del suceso imaginado—como dice Anderson Imbert—. Además, se expresan los límites de lo decible y de lo pensable en las relaciones intertextuales (citas, fuentes, autoridades, etc.) que componen mucha de la argumentación que se nos presenta.

1. Colón: América, del paraíso a la mina de esclavos

Del *Diario de navegación* de Cristóbal Colón, es evidente su importancia. Porque es Colón el primer sujeto europeo en describir e intentar comprender la novedad que ante sus ojos se presentaba, y por europeo no estoy entendiendo sólo un detalle geográfico sino toda una visión de mundo. Colón fue el primer europeo que vio América; por lo que sus descripciones tienen importancia como evidencia de las dificultades y de las estrategias de respuesta de esta visión de mundo, ante lo nuevo y desconocido. La naturaleza heterogénea de este gran personaje histórico, que se debate entre las ambiciones delirantes y la ciencia atrevida y estricta, es sin duda marca de las futuras descripciones de los territorios

americanos; Colón nos narra lo que vio, lo que quiso ver, y lo que quiso que otros –principalmente la Corona española– creyeran que él había visto.

No cabe duda de que Cristóbal Colón tenía su imagen del mundo bien clara. Ella se nutría de la cosmografía cristiana de amplia tradición medieval –regida por la idea de conciliar las sagradas escrituras con la geografía–, y de la cartografía de los viajeros reales e imaginarios. Además, conocía muy bien las profecías de Séneca acerca del “nuevo descubridor”, las de Isaías en la Biblia que aseguran que “hay millones esperando tras la mar tenebrosa”, las de Dante según su noción refinada de las antípodas en el hemisferio sur, y las leyendas clásicas acerca de la existencia de la Atlántida, por ejemplo. Ahora bien, estas historias y narraciones no tenían una importancia meramente estética: durante la época del Renacimiento estos relatos eran tomados al pie de la letra, como hipótesis o verdades consumadas acerca de lo que era el mundo. Esto nos hace pensar que el viaje de Colón es también un viaje a la imagen del mundo que poseían los marineros y “descubridores”.

El Mundo había sido hecho de la nada, era finito y perfecto, al haber sido creado por Dios mismo:

...Al Almirante le contentaba mucho la felicidad de aquella tierra y disposición que para poblar en ella había, y juzgaba que había de haber grandes poblaciones... dice que donde cera hay, también debe haber mil cosas buenas. (Fernández, 1986, 160)

El medir la circunferencia del Mundo era en tiempos de Colón una obsesión, además de lograr determinar la distribución y proporción entre tierra y agua, y si habían más zonas habitadas por seres humanos, es decir, si se extendía la “Isla de la Tierra”. En todo caso habían mitos por probar y verificar, y habían otros incuestionables, como el que cuenta que todo el género humano procede de una única original pareja. Por lo tanto, la visión de mundo queda enmarcada por la cosmología cristiana, pero tentada por las hipótesis de las leyendas paganas y medievales sobre lo fantástico y fabuloso. La anomalía amenazaba a Colón, por los reducidos límites de la noción de mundo que imperaba.

Hay un tono de aventura y de gesta, mesiánicos, en las anotaciones colombinas. El tema más evidente es el de la expectación. Al estar la cultura poblada de libros e imágenes no probadas por la experiencia todo parece posible, desde hallar el paraíso, hasta entrar en el reino de las Amazonas, alcanzar ríos de oro, mares cuajados de perlas. Colón, como todos los demás navegantes españoles, traía una cultura incorporada a la vida, por lo que no escapa a un sentido mágico de la búsqueda. El libro de cabecera era, por eso, el *Libro de las maravillas* de Mandeville:

Crean vuestras altezas que es esta tierra la mejor e más fértil, y temperada, y llana, y buena que haya en el mundo” (Fernández, 1986: 137); “...había en ella gente que tenía un ojo en la frente y otros que se llamaban caníbales, a quien mostraban tener gran miedo. El Almirante dice que bien cree que había algo de ello, mas que pues eran armados serían gente de razón, y creía que habían cautivado algunos y que porque no volvían a sus tierras dirían que los comían... (155)

Bajo estas ideas de designio, Colón, al ver encallada una de sus naves en la Española, no tiene otra explicación que el que la Providencia le ha hecho encallar para que puedan ver el oro que en esta isla les aguarda. Colón quiere ser el primero en ver luces en las oscuras noches, antes que el marinero Triana viera tierra en el día. Colón quiere las especies y el oro de las Indias de Marco Polo y el Preste Juan, pero también tiene presente la gran reconquista del templo de Jerusalén, o la posibilidad de encontrar el Paraíso. Así, su observación y su descripción están en una tensión constante entre lo fabuloso y lo mercantil, entre la empresa marítima y la inversión económica privada. Quiere ser el primero en ver tierra por el prestigio de llamarse descubridor, como en las profecías de Séneca, pero también por la renta real que se prometía a quien lograra la hazaña; encallaba pensando en designios divinos pero también en el oro seguro pero no evidente; pensaba en alcanzar el Paraíso, pero seguía la dirección por la que, según él, los indios le señalaban abundantes riquezas:

Mostróles oro y perlas, y respondieron ciertos viejos que en un lugar que llamaron Bohío había infinito, y que lo traían al cuello y a las orejas, y a los brazos, y a

las piernas, y también perlas. Entendió más que decían que había naos grandes y mercaderías, y todo esto era al Sueste. Entendió también que lejos de allí habían hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bebían su sangre, y le cortaban su natura” (Fernández, 1986, 146)

Tanto la observación y descripción naturalista como la etnográfica se baten en la misma tensión:

...vide muchos árboles muy disformes de los nuestros, y de ellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito es de una manera y otro de otra, y tan disforme que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de la una manera a la otra... aquí son los peces tan disformes de los nuestros que maravilla. (Fernández, 1986, 135)

...esta gente es muy mansa y muy temerosa, desnuda como dicho tengo, sin armas y sin ley. Estas tierras son muy fértiles; ellos las tienen llenas de mames (papas), que son como zanahorias, que tienen sabor a castañas, y tienen faxones y fabas muy diversas de las nuestras, y mucho algodón, el cual no siembran y nace por los montes; árboles grandes, y creo que en todo tiempo lo haya para coger, porque vi los cogujos abiertos y otros que se habrían y flores, todo en un árbol... (Fernández, 1986, 146)

No es que Colón vio algo que luego describiría por comparación con el mito y la leyenda, sino que vio a través del mito. Nunca percibe y, menos aun comprende, la diferencia entre los mundos. Por lo que las descripciones de Colón están dominadas por la indeterminación de lo desconocido y por un conocimiento que no escucha al otro, o, si lo escucha, cree entender sin problemas conformándose con gestos y muecas:

...no le conozco secta ninguna, y creo que muy presto se tornarían cristianos, porque ellos son de muy buen entender... (Fernández, 1986, 135)

...nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andaban todos desnudos como su madre los parió, y

también las mujeres, aunque no vide más que una farto moza y todos los que yo vi eran harto mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años; muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras... Ellos no traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. (Fernández, 1986, 130)

Pero Colón pasa del asombro y de lo bello al horror y la explotación, pasa de la descripción al inventario:

...Y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vide que algunos de ellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur o volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un rey que tenía grandes vastos dello, y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá, y después vide que no entendían en la ida. (Fernández, 1986, 131)

Es así que Colón produce un discurso que perdura hasta nuestros días basado en la falsa certidumbre de haber penetrado en las ideas del adversario para interpretarlas a su favor, basado en los equívocos de la comunicación entre una cultura autoasumida como superior ante otra a la que nunca deja realmente alzar su voz:

...Visto que no tenían oro ni otra cosa preciosa y que bastaba dejallos seguros y que toda la comarca era poblada y huidos los demás de miedo, y certifica el Almirante a los Reyes que 10 hombres hagan huir a 10000; tan cobardes y medrosos son que ni traen armas, salvo unas varas, y en el cabo dellas un palillo agudo tostado; acordó volverse. (Fernández, 1986, 161)

Por eso es fácil para Colón pasar del Paraíso a las minas y ventas de esclavos, del buen salvaje al servil humanoide indio, porque en su cosmovisión el viaje al “alter orbis” es al mismo tiempo reconciliación con la maravillosa Edad de oro y paso, más allá del fin del mundo geográfico, al mundo apocalíptico y perverso de las antípodas pobladas de monstruos. Las ventajas políticas de este proceder en la definición son que la lejanía e inmensidad de las distancias marítimas legitiman un potencial de dominación sobre lo que venga (ver las *Capitulaciones de Santa Fe*): quien puede llegar hasta la otra costa

del mar tenebroso, no se merece menos que el Paraíso, ser su dueño. Lo que traducido del lenguaje de Colón al lenguaje de la Corona quiere decir, la amplitud del mercado garantiza el cese de las hambrunas europeas y el pago de las agobiantes deudas que dejó la Reconquista:

...porque hombres y mujeres son todos de vuestras Altezas, así desta isla en especial como de las otras. Mas aquí donde tiene ya asiento vuestras Altezas se debe hacer honra y favor a los pueblos, pues en esta isla hay tanto oro y buenas tierras y especería. (Fernández, 1986, 193)

Ambas formas expresan la misma expectativa, ambas certezas obvian América.

Tanto el primer utopismo de la natural felicidad de los salvajes americanos como el posterior signo de abundancia que significaba el Nuevo Mundo para el Viejo, son estereotipos que perduran hasta hoy, y que no nacen del percatarse de la realidad, sino de la proyección de imágenes por parte de extraños a estas tierras. Siempre se cree encontrar lo que se está buscando, para muestra de esto veamos los nombres que nos heredaron: "indios", "descubrimiento", "Nuevo Mundo", "río Amazonas", "Brasil", "Antillas", "California", "Patagonia", "Orinoco", "Florida (Juvenia)", "Costa Rica", etc.

2. Fernández de Oviedo: América, naturaleza para la dominación

La *Historia general y natural de las Indias*, revela su importancia en el hecho de que su autor es el primer cronista de Indias en el que la descripción es encomendada por la Corona española como oficial. En otras palabras, como mensajera directa de lo que se exploraba y conquistaba para la Corona española en América, la *Historia* de Fernández de Oviedo es un documento que nos enseña qué quería y qué le interesaba saber a la Corona española sobre América. Este cronista es, probablemente, uno de los que más pudo ver de todo el territorio que hoy es América. Su relato se autoriza a sí mismo como la mejor guía para los inmigrantes y conquistadores españoles, por lo

que tiene la pretensión de dar a otros qué mirar cuando estuvieran en las Indias. Este 'saber qué mirar' es a la vez catálogo e inventario:

Háçense otras tortas de la misma massa del maíz, escogiendo para ello el grano mas blanco, é despican los granos, antes que los muelan, quitándoles una dureza ó raspa que tienen en el peçon, con que estuvieron pegados en la espiga ó maçorca: é assi sale mejor é mas tierno el pan, é no se topan entre los dientes aquellas durezas que se topan, quando los bollos o tortillas son de maíz que no fué despicado. Los chripstianos han dado mucha mejoría á este pan, coçiéndolo en horno á la manera de España, é es mas sabroso é mas lindo en la vista, assi, coçido, en roscas ó tortas: é háçese asar buen biscocho dello, para navegar con ello no muy largo tiempo. (Meléndez, 1978: 62)

...la fruta que llevan son unos higos tan grandes como melones, é menores assi mismo, los quales nasçen pegados en el tronco principal de la higuera en lo alto della é en cantidad é tienen la corteça ó cuero delgado, é todo lo demas es de una carnosidad espesa, como la del melon (aunque no tan maçiça). Es de buen sabor ó córtasse á revanadas, como un melón; y en el medio deste higo ó fruto tiene las pepitas, las quales son menudas y negras y envueltas en una manera de materia é humor de la forma que lo están las de los membrillos, aunque mas viscosas, é son tanta cantidad esas pepitas, como un huevo de gallina, é mas é menos, segunda la grandeza del higo. É aquellas pepitas se comen é son sanas y del mismo sabor ni mas ni menos que mastuerço, é el higo es dulce sin las pepitas; y por esto los chnipstianos llaman en la Tierra-Firme á esta fruta higos del mastuerço. É donde primero los hallaron fué en tierra del caçique Quebore, donde los hay tan grandes como ollas medianas ó como grandes melones de España...—hablando de las papayas—. (Meléndez, 1978, 89)

Así es, el texto de Fernández de Oviedo, como su nombramiento, surgen como respuesta a una etapa de desconocimiento por la cual se sospechaba que se perdían valiosas informaciones. Frente a la ignorancia y falta de conocimiento que había de las cosas del "Nuevo Mundo", aparece una historia general y hasta natural. Fernández de Oviedo se erige a sí mismo como la figura científica de la conquista, dividiendo su estudio en geografía histórica, etnografía e historia natural. Lo que propone su texto como ventana objetiva al mundo tal y como es:

En aquella provincia crian los indios muchos perros gozques é mudos para comer en sus fiestas, y es assaz buen manjar. Pero quiero decir un notable que vi desta carne: esta carne, como he dicho, es buena, y en aquella estancia, donde acaesció lo que de susso se ha dicho de los texoxes, estuvo çierta çeçina destes perros (á los quales llaman los indios xulo) puesta sobre un banco muchos dias, é la tenian bien á mano siete u ocho perros de los de España que avia en aquella estancia, é la pudieron comer de noche é de día. É por experimentarlo la hiçe dexar estar allí, por ver si la comerian, é luego que allí se puso llegaron é la olieron; pero nunca tocaron en ella ni comieron poco ni mucho della: antes no la querian mirar é se apartan della. La qual cortesía ó comedimiento de los perros no usan aquellos indios con la carne humana, pues se comen unos á otros. (Meléndez 1978, 52)

Pero, a pesar de esas pretensiones las descripciones sólo tienen el aspecto de objetividad científica. Más allá de frases planas, sin juicios, hay un aparato discursivo general que funciona, intercalando frases cortas y tajantes pero sin justificación. Por ejemplo, todo lo nuevo en relación con los modelos biológicos era descrito con atención pero juzgado como deformación. No cabe duda de que el león de las Indias Occidentales es tan león como el conocido por los europeos, pero es degenerado y cobarde, no tiene melena, al igual que los indios son lampiños, y no es voraz. El tapir es una aberración de la naturaleza, un espantoso error, pues está compuesto por partes de diferentes animales: elefante, cerdo, caballo, vaca:

Los horribles saltos de aquella tierra los pacen, a más de tigres y leones, y demás animales ya conocidos por nosotros, o por lo menos descritos por excelentes autores, otros monstruosos. Pero principalmente cría un animal, en el cual la naturaleza ha cuidado de mostrarse artífice maravillosa. Tienen el cuerpo igual al buey; está armado con una trompa de elefante, y no es elefante; tiene el color del buey, y no es buey; los cascos de caballo, y no es caballo; las orejas también de elefante, pero no tan grandes ni tan caídas, si bien mayores que las de otros animales. Acerca del animal que lleva consigo la prole en una bolsa del vientre (no conocido de ningún escritor que yo sepa), que trepando se alimenta de frutas de los árboles, tengo dicho bastante... (Meléndez, 1978, 183)

Y no hay distancia entre las aberraciones biológicas y las humanas:

Pero no dexaré de decir un pasto que aquel día tuvieron los indios que yo llevaba en mi compañía aquel día en la noche, que fui á dormir á par de un arroyo que llaman de los *Murçielagos*, porque hay muchos, é está muy hondo, entre dos barrancas, é muy çerrado de arboledas é bosqueje. Aquella noche, çiertos indios que me llevaban mi ropa, comían sapos grandes assados, y estos indios eran de la plaça de Nicaragua, é por amistad me llevaban las cargas hasta veinte dellos, é el día antes avian comido muchos alacranes assados. Y cómo yo maravillado de su manjar los miraba, ellos con mucha risa me convidaban á él é decían que era muy bueno. (Meléndez, 1978, 31)

El mismo autor nos recuerda en repetidas ocasiones que sus tratados flaquean en el rigor científico por estar producidos bajo estado de guerra de conquista. Esto nos hace comprender cómo su *Historia* responde a una actitud y un interés de la Corona, de asegurar de hecho y de derecho los beneficios que pudieran reportarse en los hallazgos. La intención omnicomprensiva de Oviedo no es más que la traducción de los "omnívoros" intereses económicos y políticos de la Corona. Por lo que, aunque aparentemente hallemos preocupación por el ser de la naturaleza y las gentes de América, en realidad el cómo son, la cuestión del ser, está supeditado a la aseguración del señorío, al decir y dictar cómo son y qué sirve de ello:

...de mucho cacao, ques aquella fructa que parece almendras é corre entre aquella gente por moneda, con la qual se han é compran todas las otras cosas que de mucho é poco presçio souí, assi como el oro é los esclavos é la ropa é cosas de comer é todo lo demás. Hay mucha copia de miel é çera, é mucha montena de puercos é venados é otras salvaginas é conexos é otros animales, é muchas é buenas pesquerias, assi de la mar como de los ríos é lagunas: mucha abundancia de algodón, é mucha é buena ropa que dello se haçe, é lo hilan é texen las indias de la tierra; y es cadaflero, porque cada un año lo siembran é cogen. (Meléndez, 1978, 36)

El otro punto de interés es que la estrategia discursiva de Oviedo se monta sobre la concepción

que afirma que entre la cultura y la naturaleza, en América, hay una continuidad tan pronunciada que es preferible únicamente hablar de naturaleza. Lo poco de cultura que reconoce a los indios es emanación del medio biológico. Y eso llega a perjudicar a los mismos europeos pues con alarma señala que el ambiente conflictivo en las islas del Caribe es un rasgo natural de la región que ya está afectando a los españoles. De ahí a negar la condición de seres humanos racionales a los indios no hay más que un paso, y no cabe duda que Fernández de Oviedo lo dio. Los indios son para él seres naturalmente serviles —influencia aristotélica—, cuya racionalidad los hace no sólo inferiores, sino también culpables. Los sufrimientos de la conquista son castigos que se ejercen por sus aberraciones:

Bien pensamos una vez quel areyto y embriaguez avia de ser en daño de los seys ó siete españoles, que allí nos hallamos, é por eso estuvimos en vela é con las armas en la mano, porque aunque no bastásemos á defendernos de tantos contrarios, á lo menos pensábamos venderles bien caras nuestras vidas, é procurar todos de matar al caçique é los que más pudiésemos de los principales, sin los quales la otra gente inferior son para poco, é muy descaudillados é cobardes sin sus capitanes. Passada la borrachera, yo le dixé al caçique que pues era chripstiano é decía que assi lo eran sus prinçipales é mucha parte de su gente, que para qué haçian aquella borrachera, porque un beodo no es más, perdido el sentido, que una bestia é un animal bruto é suçio; que bien conosçia que lo mejor quel hombre tiene es la raçon y entendimiento, é que quanto mejor que otro entiende assi se aventaja entre los otros hombres, é más le estiman todos é más mereçe ser honrado; é quanto más loco ó bobo ó insipiente es, más semejante á las bestias: é que bien sabia él que entre sus vassallos avia prinçipales que eran mayores señores é más çercanos deudos suyos que don Diego (que era un prinçipal muy privado suyo), é me avia dicho él que le quería más que á todos, porque era más sabio é valiente que los otros, pues por el buen saber suyo era más estimado; que por qué perdian el saber é se emborrachaban é quedaban sin sentido, como bestias; é que los chripstianos no avian de haçer lo qué haçia, que las más noches dormia con una moça virgen, que era grande pecado é cosa muy aborresçible á Dios, ni avia de tener más de una muger sola y él tenia muchas, allende de aquellas que desfloraba... Respondióme que en lo de las borracheras él via que

era malo; pero que era assi la costumbre é de sus pasados, é que si no lo hiçiesse, que su gente no lo querria bien é por de mala conversaçion y escaso, é que se le yrian de la tierra. É que en lo de las mugeres qué no quería más de una, si fuesse posible, que menos tenia que contentarse una que muchas; mas que sus padres se las daban é rogaban que las tomasse, é otras que le paresçian bien él las tomaba, é por ayer muchos hijos lo haçia; é que las moças vírgines, qué lo haçia por las honrar á ellas é á sus parientes, é luego se casaban con ellas de mejor voluntad los otros indios, é por esto lo haçia... Á todo esso se le replicó lo que me paresçió, dándole á entender su error é cómo todo aquello era muy grave pecado, é no eran obras de chripstiano, sino de infiel; y él açeptaba lo que yo decía, é decía que le aconsejaba bien, é que poco á poco se enmendaria. Pero en fin él tenia el nombre como las obras é las obras como el nombre: Nambi, que como tengo dicho, quiere decir perro. (Meléndez, 1978, 44-46)

Por lo tanto, en Fernández de Oviedo hay una estrategia de inmenso significado filosófico, en la que epistemología y ontología son el mismo ejercicio de la dominación y la explotación: primero como justificaciones del derecho a la explotación real; segundo, como creación de elementos de conocimiento y juicio sobre los indígenas y la naturaleza, al articular una imagen en todo favorable a la explotación físico-material.

3. Mártir de Anglería: América, la invención de lo exótico o la propaganda de una apropiación

El tercer texto de nuestro itinerario por el siglo XVI es *Décadas del nuevo mundo*. Su autor, humanista italiano del Renacimiento en toda la plenitud del término, es contratado por la Corona española como delegado en el Consejo de Indias. Además, a través de sus *Décadas* es el encargado de difundir por Europa las noticias acerca del proceso de exploración y conquista de los “nuevos” territorios. Es a Pedro Mártir a quien leerán los sucesivos Papas del siglo XVI, además de Montaigne, Tomás Moro y otros. Su texto es traducido, en menos de treinta años, al italiano, inglés, alemán, portugués, latín, francés y holandés. Sobresale que Pedro

Mártir de Anglería nunca vio lo que describe, pues nunca viajó a América —a pesar de ser nombrado abate de Jamaica—. Su actuar, como censor y filtro de las noticias que procedían directamente del “Nuevo Mundo”, se sostiene sobre el objetivo propagandístico y difusor que le encarga la Corona, no sobre la evidencia de lo que narra.

De este modo, Pedro Mártir pasa a la historia como el encargado de lo que hoy sería la cobertura periodística de las noticias del Nuevo Mundo. La fascinación y curiosidad con que ejerce este encargo es la misma por la que había abandonado la Italia renacentista para dirigirse a la Castilla de las guerras de Granada, de la Reconquista entusiasta, de la leyenda de la dinastía Nasrida y de sus palacios. En el caso de América, al no contar con conocimiento geográfico directo, echa mano de extraordinarias estrategias narrativas. Como sabemos desde Fernández de Oviedo, el detalle geográfico era considerado respaldo de la verosimilitud y verdad de la información expuesta; al carecer de él, Pedro Mártir describe el Nuevo Mundo a partir de la antigüedad pagana utilizada como autoridad:

A los lados de esta Coluacana hay otras islas, donde sólo habitan mujeres sin trato de hombres. Piensan algunos que viven a estilo de Amazonas. Los que lo examinan mejor, juzgan que son doncellas cenobitas que gustan del retiro, como pasa entre nosotros, y en muchos lugares las antiguas vestales o consagradas a la diosa Bona. En ciertos tiempos del año pasan hombres a la isla de ellas, no para usos maritales, sino movidos de compasión, para arreglarles los campos y huertos, con el cultivo de los cuales puedan vivir. Mas es fama que hay otras islas habitadas por mujeres, pero violadas, que desde pequeñas les cortan un pecho para que más ágilmente puedan manejar el arco y las flechas, y que pasan allá hombres para unirse con ellas, y que no conservan los varones (*que les nacen*). Se aproximaron, pues, los nuestros a la costa de la tierra coluacana y negociaron en paz; el cacique les regaló un caldero de oro, brazaletes, collares, dijes y otras muchas joyas de diversos géneros; los nuestros, por su parte, le dejaron contento con las cosas de acá. Deseaban fijarse allí y fundar una colonia; pero el Pretor lo impidió, y sus compañeros de armas estaban entonces rabiosos contra él. (Mártir, 1944, 318)

En este interés propagandístico la imagen de América producida a partir de las descripciones

mezcladas con erudición clásica y con mágicas leyendas, crea una discursividad relajada respecto a la objetividad; textos que buscan más la emoción del público al que se dirige que la escucha y la vista atenta a lo que lo nuevo pueda ofrecer. Por supuesto la consideración de la humanidad de los americanos es carencia evidente. Los pobladores de estas tierras serán material de entretenimiento, parte de las rarezas a enseñar y exhibir:

En la última región del Occidente, que es Guaccaiari-ma, dicen que en el territorio de Zauana viven unos hombres que no tienen más que las cavernas de los montes y frutas silvestres, que jamás se han amansado ni tenido nunca trato con otros hombres, sin asiento fijo, sin sembrar ni cultivar nada, como se lee de la edad de oro; se dice que no tienen idioma cierto; alguna vez se les ve, pero no han podido dar con ninguno. Si alguna vez, poniéndose a la vista de hombres, conocen que alguno se mueve hacia ellos, huyen como gamos. Se dice que corren más que los galgos. (Mártir, 1944, 276)

Pero oiga Vuestra Excelencia una invención apenas creíble. He dicho que el principal tirano de aquellas regiones tiene estatura de gigante; y preguntándole al licenciado Ayllón, arriba mencionado, varón grave y de autoridad, porque sólo el rey y sola su mujer alcanzan aquella alta estatura, y no ninguno del pueblo, por lo que oyó a los que fueron sus compañeros en el gasto de las naves, y a Francisco, su criado, por relación de sus vecinos, dicen que no es la naturaleza ni el nacimiento quien les ha dado semejante don de aventajar a los demás en esa prerrogativa, sino por arte violenta, del siguiente modo. Mientras los niños están en la cuna y al pecho de las nodrizas, llaman a los maestros de ese arte, los cuales, por espacio de algunos días, untan los miembros del niño con medicamentos de ciertas hierbas que ablandan los huesos tiernos; luego estiran una y otra vez los huesecitos, que han tomado la blandura de cera templada, tanto que lo dejan al infeliz casi exánime; después alimentan a la nodriza con ciertas comidas que tienen mucho alimento. Finalmente, la nodriza, cubriéndole con mantas calientes, le da el pecho y lo regala con la leche formada de comidas substanciosas. Dejando pasar algunos días, vuelven al triste ministerio de dar tormento a los huesos. Esto dice Ayllón y su criado Francisco Chicorano, pero el mencionado deán de la Concepción me contó que había oído a los deportados con la nave que se salvó, otra cosa diferente de lo que a Ayllón le habían dicho sus compañeros acerca de los medicamentos y del arte de hacer crecer el cuerpo; pues dice que eso no se hace

torturando los huesos, sino comiendo cierto embutido de muchísima sustancia, que se saca majando varias hierbas a propósito, en particular cuando comienzan a crecer (los que lo comen), en el cual tiempo, la naturaleza propende al crecimiento y las comidas se convierten en carne y huesos. Ciertamente, es maravilloso, pensando bien estas cosas, lo que se cuenta de las virtudes de las hierbas. Si se entendiera bien la virtud oculta de ellas, yo lo creería posible. De que sólo pueden hacerlo los reyes, la razón está a la vista: se tendría por reo de lesa majestad el que se atreviese a gustar aquellas comidas o a pedirles a los maestros la regla de condimentarlas, porque éste tal parecería querer equipararse a los reyes, supuesto que entre ellos es indecoroso que el rey, no tenga más que la estatura común, cuando es menester que, dominando a los demás, mire desde alto a los que se le presentan. (Mártir, 1944: 513)

Es a Pedro Mártir a quien le debemos nociones como las de “islas occidentales”, “Nuevo Mundo”, “Antillas”. Lo que nos hace sospechar que el eje organizativo de sus descripciones no es lo religioso ni lo jurídico político, sino la interpretación para una fácil divulgación y recepción de las noticias en toda Europa. Este autor es la evidencia de que las noticias —su mediatización— y la manipulación de su recepción son parte fundamental del acontecimiento del “descubrimiento”:

Dando vuelta a las costas de algunas, oyeron, en el mes de noviembre, cantar a los ruiseñores entre densos bosques. Hallé ríos caudalosos de aguas dulces y puertos naturales, capaces de grandes armadas. Saliendo a tierra allí por primera vez, vieron hombres indígenas, que, mirando en tropel a la gente nunca vista, huyeron a refugiarse todos en espesos bosques cual tímidas liebres ante los galgos. Los nuestros, siguiendo a la muchedumbre, sólo cogieron a una mujer; y llevada a las naves, bien comida y bebida, y vestida con ornato (pues toda aquella gente de ambos sexos vive completamente desnuda, contentándose con lo que da la naturaleza), la dejaron libre. Tan pronto como la mujer volvió a reunirse con los suyos (pues ella sabía adónde habían acudido en la fuga), y habiéndoles hecho saber que era admirable el ornato y la liberalidad de los nuestros, todos a porfía acuden a la playa y piensan que son gente enviada del cielo. Echándose a nadar llevan a las naves oro, de que tenían alguna abundancia, y cambiaban el oro por un casco de fuente de loza o de una copa de vidrio. Si los nuestros les daban una lengüeta, un cascabel, un pedazo de espejo u otra cosa semejante, les traían tanto oro cuanto les querían pedir o cada uno de ellos tenía. (Mártir, 1944, 5-6)

Para comprender este papel de transmisor de las noticias de América hacia Europa es necesario sumarle un segundo objetivo: el claro proceso de rectificación intelectual. El tipo de valoraciones que se desprenden de las descripciones tanto de la naturaleza como de las gentes, están al mismo tiempo generadas por la fascinación pero propuestas como confrontación ante las concepciones del cosmos vigentes desde la Antigüedad:

Tienen ellos por cierto que la tierra, como el sol y el agua, es común, y que no debe haber entre ellos *mío* y *tuyo*, semillas de todos los males, pues se contentaban con tan poco que en aquel vasto territorio más sobran campos que no le falta a nadie nada. Para ellos es la edad de oro. No cierran sus heredades ni con fosos, ni con paredes, ni con setos; viven en huertos abiertos, sin leyes, sin libros, sin jueces; de su natural veneran al que es recto; tienen por malo y perverso al que se complace en hacer injuria a cualquiera; sin embargo, cultivan el maíz y la *juca* y los *ages*, como dijimos que se hace en la Española. (Mártir, 1944, 42)

Por ejemplo, aun cuando se creía haber llegado a Asia, Pedro Mártir inicia la costumbre de llamar “Nuevo Mundo” a América con el propósito de difundir la idea de un hallazgo cuya diferencia es incomprensible e inconmensurable. Mantiene en sus descripciones una perspectiva de lejanía, por lo que cosas y personas de América siguen siendo tan ideales como la Edad de Oro, las islas de las Amazonas y el canibalismo:

De aquel río salen a cada paso cocodrilos. ¿Y qué diremos del tercero y (casi diré) cuarto? Porque opino que son cocodrilos los que, armados de conchas tan duras como la de la tortuga, hallaron los castellanos al mando de Colón en el río que arriba dijimos se llama *de los Lagartos*. ¿Diremos que éstos nacen de las montañas de la luna? Luego los modernos han averiguado por experiencia que los cocodrilos se pueden criar en otras aguas que las del Nilo. Que estos ríos no brotan de los montes de la luna, ni pueden tener el mismo origen que el Nilo de Egipto o el de la Nigricia o Melindo, nazcan éstos donde nazcan, puesto que éstos fluyen de las montañas próximas que dijimos dividen en no gran trecho del mar septentrional el otro mar austral. (Mártir, 1944, 184)

Como conclusión, vemos en las estrategias de este narrador, la máxima condensación de las siguientes elementos: instauración de una diferencia

abismal entre uno y otro mundo y acercamiento a través no de intercambios culturales, sino de figuras míticas y legendarias del acervo occidental. De nuevo la reproducción de lo europeo en la creación de imágenes sobre América se revela conjuro sobre la distinta realidad física y el desconocimiento de lo cultural:

Vacilamos sobre si deberán ser libres, y no se les deberá exigir ningún trabajo contra su voluntad o sin pagárselos; pues entre varias opiniones de varones graves, estamos en duda, principalmente por el parecer de los religiosos de la religión dominicana, que con sus es-critos nos inclinan a lo contrario, sosteniendo que ha de ser para los indios mucho mejor y más seguro, y más conducente a su salud del cuerpo y del alma, el que sean destinados a servicio perpetuo hereditario, que no el que se les ocupe en servicios temporales. Porque aquellos a quien fueron encomendados hasta ahora al arbitrio del Rey y en nombre de otro ausente, manejaban el asunto cual mercenarios. Recelándose que se les quiten después de algunos años, como suele hacerse, sin tener cuidado ninguno del bienestar de los infelices, en contra de los capítulos de las leyes santas los consumían en las minas hasta la muerte a uno y a otro sexo, sin miramiento a la edad, con tal que saciaran la sed de oro suya y del amo. Ni les daban el necesario sustento, ni cuidaban de su salud si ocurría que enfermaran por el desacostumbrado y demasiado trabajo. Dicen que por el contrario, el que sabe que ha de transmitir a su heredero los indios repartidos, cuidará como de cosa propia, no solamente de conservarlos sanos, sino de que se aumente el número con los cuidados de las mujeres y los hijos. Pero acerca de darles la libertad dicen que no, aduciendo muchos ejemplos; que nunca los bárbaros pudieron maquinarse la muerte de los cristianos sin que lo pusieran por obra, y que habiéndose probado muchas veces si les convenía la libertad, se vio que era para ellos una ruina, porque se dan a la vagancia en la desidia y ociosidad, y se vuelven a sus antiguos ritos y feas iniquidades. Hay una tercera causa particular y horrible con que se prueba que especialmente en el creído continente no son dignos de libertad. En cierta parte de la gran provincia del creído continente, en la región que se llama Chiribichí, los frailes dominicos habían erigido un templo, hará como doce años. Con mil trabajos, hambre y necesidades se daba de comer a los hijos de los caciques y de los principales, y cuando tenían más edad se esforzaban por traerlos a la religión, aconsejándoles, amonestándoles, enseñándoles y mezclando halagos." (Mártir, 1944, 517)

4. Conclusiones

Es el estudiado un momento histórico paradigmático para comprender lo difuso del límite entre lo epistemológico y lo político. En otras palabras, entre una concepción del conocimiento y la forma de construirlo, y un sistema de administración del poder y la violencia. Todavía más claro, entre el pensamiento basado en la imagen y la identidad iconográfica, representacionista, y el colonialismo explotador de las culturas, tierras, recursos y habitantes de las zonas consideradas inferiores. Paradigmático por la explosión discursiva que se activa con la llegada a América de los europeos; por lo dramático de las consecuencias de la alianza entre pensamiento y explotación político-económica; y porque toda una zona del planeta, valga decir, Hispanoamérica, queda señalada, estigmatizada y pseudo-comprendida, en su naturaleza y en sus gentes, para un futuro que nos incluye a nosotros y nuestro contexto contemporáneo.

Desde el *Amadís de Gaula* hasta el Dorado, las descripciones de América quedan escritas en la piel y en la piedra de sus montañas. La forma en que fue vista por los españoles y los europeos, penetra violentamente en la realidad cultural de quien es habitante legítimo de ella. Nuestros animales, nuestros pueblos, nuestros caminos y hasta nuestras diferencias, quedaron marcadas por un proceso descriptivo a todas luces intencionado y ubicado económico-políticamente.

De ahí que las descripciones sean, para nosotros, el elemento nuclear de las imágenes, pero también de las definiciones. De definiciones, descripciones e imágenes se construyen las identidades. En los tres casos que vimos, la ausencia total de diálogo y la imposición de un bagaje cultural y filosófico sobre el otro, fundan un conjunto de identidades al servicio de la conquista y explotación. Los mecanismos más utilizados para esto son la mezcla de onirismo (leyendas, mitos y profecías) y de racionalismo. Mezcla que es concebida por los españoles como legítima sólo desde su propia tradición cultural. Esto nos hace concluir que en los tres casos, mucho del descubrimiento es en realidad adecuación a la descripción, mucho de lo supuestamente visto fue inventado y mucho de lo buscado fue sólo imaginado. De esta compleja matriz heredamos parte de nuestras identidades.

El modelo de conocimiento que tiene por condición la creación de una representación se descubre arbitrario respecto de lo real. La creación de una imagen de lo conocible, como si esta representación e imagen fuesen una segunda presencia, repetición de otra presencia primitiva y real, no es más que el instrumento de un aparato político de explotación y dominio que se aleja de las sólo enunciadas pretensiones de objetividad y neutralidad. Con este trabajo, no sólo se toma posición ante una actitud crítica y constructiva de lo que es el discurso hispanoamericano intelectual como proyecto de quienes somos, ahora, habitantes de una zona aún en tantos aspectos desconocida, sino que además es, este trabajo, una crítica a un modelo de pensamiento que parte de premisas tales como la simplicidad de la mente y de los acontecimientos bajo los que las representaciones y los pensamientos se producen.

Nota

1. No se puede perder de vista tampoco el hilo tendido por las *Capitulaciones de Santa Fe*, *Las Budas papales*, y los llamados *Requerimientos*; así como las fábulas antiguas, medievales y renacentistas que formaban parte del acervo colectivo cultural de quienes conquistaron el continente americano.

Bibliografía

Anderson Imbert, E. (1977) *Historia de la literatura hispanoamericana (vol. 1)*. México: F. C. E.

Balza, J. (1993) *Iniciales*. Caracas: Monte Avila.

Ballesteros y Beretta, A. (dir.) (1945) *Historia de América*. Barcelona: Salvat.

Banco de América. (1977) *Centroamérica en los cronistas de Indias*. Managua: Oficina de Publicaciones, Banco de América.

Bernard, C.; Gruzinski, S. (1996) *Historia del nuevo mundo. Del descubrimiento a la Conquista. La experiencia europea, 1492-1550*. México: F. C. E.

_____. (2001) *Historia del nuevo mundo. Los mestizajes*. México: F. C. E.

Cros, E. (1992) *El Indio, nacimiento y evolución de una instancia discursiva*. Actes du Colloque de Montreal.

Fernández de Navarrete, M. (1986) *Viajes de Colón*. México: Porrúa.

Foucault, M. (1992) *La Arqueología del saber*. México: Siglo XXI.

_____. (1996) *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.

_____. (1997) *El orden del discurso*. México: Siglo XXI.

Gerbi, A. (1978) *La naturaleza de las Indias Nuevas*. México: F. C. E.

Gil, J. (1989) *Mitos y Utopías del descubrimiento*. Madrid: Alianza.

Gómez-Moriana, A. (1991) Cristóbal Colón y la invención (mítica) del "indio". Sobre el Diario de Colón, entrada del 2 de octubre de 1492. *Káñina*. 15 (1-2), pp.69-79.

Gruzinski, S. (2001) *El pensamiento mestizo*. Barcelona: Paidós.

Henríquez Ureña, P. (1954) *Las corrientes literarias en América Hispana*. México: F. C. E.

Instituto Colombiano de Cultura. (1973) *El nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón*. Bogotá: ICC.

Leonard, I. (1984) *Los libros del conquistador*. México: F. C. E.

Lezama Lima, J. (1981) *El reino de la imagen*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Madrigal, L. I. (ed.) (1998) *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*. Madrid: Cátedra.

Magnidavich, A. (1979) *Historia del descubrimiento y exploración*. La Habana: Casa de las Américas.

Mártir de Anglería, P. (1944) *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires: Bajel.

Meléndez, C. (1978) *Costa Rica vista por Fernández de Oviedo*. San José: MCJD.

Molina, M. (1978) *Gonzalo Fernández de Oviedo: representante de una filosofía política española para la dominación de indias*. San José: Oficina de Publicaciones, UCR.

Murillo, F. (1992) *América y la dignidad del Hombre. Los derechos del Hombre en la filosofía de la historia de América*. Madrid: MAPFRE.

O'Gorman, E. (1993) *La invención de América*. México: F. C. E.

Pérez Turrado, G. (1992) *Las armadas españolas en las Indias*. Madrid: MAPFRE.

Picón Salas, M. (1986) *Viejos y nuevos mundos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Rojas Mix, M. (1992) *América imaginaria*. Barcelona: Lumen.

Rosenblat, A. (1977) *Los conquistadores y su lengua*. Caracas: EBUC.

Uslar Pietri, A. (1991) *La creación del nuevo mundo*. Madrid: MAPFRE.